

9 de abril de 2107, Domingo de Ramos

MT 21: 1-11, 26:14, 27:66

IS 50: 4-7

FIL 2: 6-11

¿Puedes imaginar toda la sorpresa, actividad e incluso vacilación cuando los dos discípulos son enviados a la aldea y encuentran al burro atado, tal como Jesús dijo que sería? A lo largo del ministerio de Jesús, los discípulos están continuamente sorprendidos y no parecen tener la visión y la oportunidad que Jesús les ha estado diciendo. ¿Nos encontramos en duda acerca de Jesús en nuestra vida? Jesús explicó el resultado del viaje a Jerusalén, cómo será castigado y muerto, y sin embargo persevera en el viaje.

Imagínate la escena. La gente se formaba en las calles y gritaba de alegría cuando Jesús el Mesías entró en la ciudad. Era alguien especial que entraba. La gente de la aldea ansiaba poder ver a Jesús pasar. Lo trataron como un héroe local, lo animaron agitando ramos de palma y, al entrar en la aldea, el pueblo proclamó: "Este es el profeta Jesús, de Nazaret en Galilea".

Parece difícil creer que en sólo un par de días, las multitudes que lo estaban animando rápidamente darán la espalda a nuestro Salvador, gritando: "¡Crucifícalo!" ¿Alguna vez damos la espalda a lo que Jesús enseña?

En la Última Cena, los discípulos aún no se dan cuenta del destino de Jesús, y no ven la visión que Jesús había discutido. Ni siquiera pueden permanecer despiertos para fortalecer a Jesús en la hora en que más los necesitaba. ¿Alguna vez dormimos mientras Jesús está con nosotros? ¿Nos damos cuenta de que tenemos un Salvador que dio su vida por cada uno de nosotros?

A medida que nos preparamos para entrar en la Semana Santa de este año, cada uno de nosotros necesita tener fe y confianza, y darnos cuenta de que todas las cosas son posibles con Dios. ¡Creemos! ¿Tenemos espacio en nuestros corazones para el Rey de Gloria?

Preguntas de reflexión:

- 1) ¿Cómo puedo llegar a ser un mejor discípulo de Cristo, especialmente en la sociedad actual?
- 2) ¿Tenemos la fuerza para permanecer firmes junto a Jesús o el prójimo para nuestra fe cristiana?

Reflexión por el diácono Dave Bergstedt, parroquia de San Pablo, Valparaíso.